

La entrada del virrey en las capitales peninsulares de la Corona de Aragón

ALFREDO CHAMORRO

Resum

En el present treball he fet un estudi de les entrades virregnals a les capitals peninsulars de la Corona d'Aragó, és a dir, València, Saragossa i Barcelona. Mitjançant un exercici d'història comparada, he tractat de palesar les diferències i semblances existents entre aquestes ciutats en la recepció del virrei, *alter ego* del sobirà. No obstant això, cal destacar que les particularitats de l'entrada virregnal depenien del marc jurídic en què es conformà la institució del virrei o lloctinent en cadascun dels regnes. Per aquest motiu, tot i la seva estructura similar al model cerimonial de l'entrada reial, tant a Catalunya com a l'Aragó i València, les lleis pròpies de la terra desenvoluparen uns rituals que caracteritzaren l'ingrés del virrei en aquestes capitals. Així, com en altres aspectes, el marc constitucional modelà les relacions entre la monarquia dels Àustries i els regnes aragonesos.

Paraules clau: cerimònia, entrada virregnal, virrei, Barcelona, Saragossa, València.

Resumen

En el presente trabajo he realizado un estudio de las entradas virreinales en las tres capitales peninsulares de la Corona de Aragón, es decir, Valencia, Zaragoza y Barcelona. Así, mediante un ejercicio de historia comparada he tratado de detectar aquellas diferencias y semejanzas existentes en la recepción del

virrey, *alter ego* del soberano, en cada una de ellas. Sin embargo, es preciso destacar que las particularidades de la entrada del virrey dependían del marco jurídico en que se conformó la institución virreinal en cada reino. Por eso, pese a que acostumbraba a tener una estructura y desarrollo similar que, tanto en Cataluña como en Aragón o Valencia, seguía el modelo ceremonial de la entrada real, las leyes propias de cada reino dieron paso a una serie de rituales que caracterizaron la entrada del virrey en estas tres capitales. Como en tantos otros aspectos, el marco constitucional moldeó las relaciones entre la monarquía de los Austrias y los reinos aragoneses.

Palabras clave: ceremonia, entrada virreinal, virrey, Barcelona, Zaragoza, Valencia.

Abstract

This paper proposes a study of viceregal entries in the three capitals of the Crown of Aragon: Valencia, Zaragoza and Barcelona. Through an exercise in comparative history I have tried to detect some differences and similarities in the reception of the viceroy, “alter ego” of the sovereign, in each of them. In Catalonia, Aragon and Valencia, the viceregal entry had a structure very similar to that of the royal entry. However, the legal framework of each kingdom shaped the relations between the Habsburg monarchy and the Aragonese kingdoms and generated a series of rituals that characterized the viceregal entry in each capital.

Keywords: ceremony, viceregal entry, viceroy, Barcelona, Zaragoza, Valencia.

En su obra *Haciendo Historia*, el profesor John H. Elliott hace un alegato de la historia comparada como método de trabajo para facilitar la comprensión histórica y, al mismo tiempo, invita a aplicarlo en nuestras investigaciones.¹ En este estudio, recogiendo el guante lanzado por el maestro hispanista, trato de realizar un ejercicio de historia comparada analizando la entrada del virrey en las tres capitales peninsulares

1. John H. ELLIOTT, *Haciendo Historia*, Taurus, Madrid, 2012, pp. 189-217.

de la Corona de Aragón (Zaragoza, Barcelona y Valencia). Este trabajo permitirá establecer una serie de coincidencias y diferencias en este ritual de recepción que se fue conformando, en cada una de las tres ciudades, según el marco jurídico y constitucional en el que se instauró la institución virreinal. Por tanto, ya podemos apuntar un primer aspecto a tener en cuenta a la hora de adentrarnos en el análisis de estas ceremonias y es su adecuación al marco jurídico de cada uno de los territorios peninsulares de la Corona de Aragón.

La lugartenencia de sangre real

En su obra fundamental *La institución virreinal en Cataluña*, el profesor Jesús Lalinde Abadía escribió que la aparición de la lugartenencia en la Corona de Aragón fue consecuencia de la elaboración, a través del derecho canónico, de la doctrina de la representación, que permitía al monarca actuar en un territorio del que se encontraba ausente mediante una persona que ocupase su lugar y ejerciese sus mismas funciones.² Gracias a esta doctrina, durante los siglos XIV y XV los reyes aragoneses designaron frecuentemente como su alter nos a miembros de su familia. Así, fue el infante don Juan de Aragón, primogénito de Pedro el Ceremonioso, quien utilizó por primera vez el título de lugarteniente general en 1365. Fueron varios los miembros de la familia real que actuaron en nombre del rey en alguno de los tres reinos, en cuanto que la corte del rey era itinerante y, por lo tanto, al menos en dos de ellos siempre se encontraba ausente.

Sin embargo, con el reinado de Alfonso el Magnánimo, la ausencia del rey se generalizó para los tres territorios peninsulares de la Corona de Aragón, tras su marcha a Italia para emprender la conquista y posterior gobierno del reino de Nápoles. Fue entonces necesaria la presen-

2. Jesús LALINDE ABADÍA, *La institución virreinal en Cataluña (1471-1716)*, Instituto Español de Estudios Mediterráneos, Barcelona, 1964, p. 47.

cia de lugartenientes generales para el conjunto de la Corona y otros exclusivamente para Cataluña, Valencia o Aragón. Como ejemplos podemos citar a don Juan de Aragón, rey consorte de Navarra y hermano del rey Alfonso el Magnánimo; y el futuro Juan II, que entró en Barcelona como lugarteniente de su hermano el 4 de octubre de 1454. Los Reyes Católicos también nombraron a parientes suyos como sus lugartenientes. Pese a los continuos viajes a sus territorios patrimoniales, Fernando pasó la mayor parte del tiempo en Castilla y, por eso, confió a su primo el infante don Enrique, conde de Ampurias y de Segorbe, conocido como el Infante Fortuna, el gobierno de Valencia, en 1478, y el de Cataluña, entre 1479 y 1493. El 19 de enero de 1480, los *consellers* de Barcelona salieron a recibirlo hasta la Creu Cuberta (lugar cercano a la ciudad, donde frecuentemente recibieron a los virreyes) y lo acompañaron hasta la catedral, donde hizo juramento de su cargo.

En los primeros años del reinado de Carlos I, se nombraron lugartenientes provenientes principalmente del estamento eclesiástico, como don Alonso de Aragón, arzobispo de Zaragoza (1517-1520), en Aragón, y Pedro Folc de Cardona, arzobispo de Tarragona (1521-1523), y Fadrique de Portugal, obispo de Sigüenza (1525-1539), en Cataluña; aunque el soberano también continuó designando lugartenientes de sangre real, como la reina Germana de Foix, encargada del gobierno del reino de Valencia desde 1523 hasta su muerte en 1538. La viuda de Fernando el Católico hizo su entrada en la capital del Turia en noviembre de 1523. Excepcionalmente, el clero de la catedral salió en procesión a recibirla y acompañarla, bajo palio, hasta el interior del templo, donde realizó su juramento ya que «lo rey nostre senyor scrigué que la acatàssem com a sa mare y reyna».

Sin embargo, a mediados del siglo XVI, se consolidó la tendencia de nombrar a miembros de la nobleza, principalmente castellana, para ocupar el cargo de virrey o lugarteniente general. De este modo, Lalinde Abadía destacó la existencia de dos concepciones distintas de la lugartenencia: la ejercida por miembros de la familia real y la ejercida por los que no lo eran, especialmente nobles y dignidades eclesiásticas. La

diferencia principal en el ritual de entrada se producía en el juramento del cargo. En el caso catalán, los lugartenientes de sangre real estaban exentos de oír la sentencia de excomunión —establecida en las Cortes de 1516— antes de jurar en la catedral. ¿En qué consistía dicha sentencia? La constitución «Poch Valria» anulaba cualquier disposición o mandamiento de los oficiales reales, incluido el lugarteniente, que actuase contra los *usatges*, constituciones, capítulos de Corte y privilegios del Principado, bajo pena de excomunión que oírían al jurar su cargo.

Finalmente, el afianzamiento de los nobles castellanos en el cargo de virrey y el nombramiento, también frecuente, de destacados cargos eclesiásticos alejaron definitivamente a los miembros de la familia real de este oficio. Tan solo es destacable la lugartenencia del cardenal infante don Fernando, hermano de Felipe IV, en Cataluña (1632-1633) y la del hijo bastardo del propio Felipe, don Juan José de Austria, primero en Cataluña (1652-1653) y después en Aragón (1669-1678). Aun así, la llegada y juramento de un virrey de sangre real siempre generaba dudas en cuanto a los procedimientos a seguir, y el Consejo de Aragón se vio obligado a intervenir elaborando memoriales. En 1632, ante el juramento del cardenal infante, este consejo redactó uno con la forma y costumbre que tenían los virreyes de entrar en Barcelona y jurar en la Seu.³ Además, durante el mismo, se produjo un férreo desacuerdo entre los consellers de la ciudad y el virrey por el derecho que los primeros tenían de permanecer cubiertos ante el segundo, lo que llevó a una lucha de poderes entre ambos durante el gobierno del cardenal. Por su parte, en 1669, el virrey de Aragón conde de Aranda recibió órdenes de cómo debía ser jurado don Juan José de Austria y de informar de ello al justicia de Aragón, ya que él no podría estar en dicho juramento como virrey saliente que era.⁴

3. Archivo de la Corona de Aragón (ACA), Consejo de Aragón, leg. 260, s.f.

4. ACA, Consejo de Aragón, leg. 31, núm. 45.

Virrey entrante – virrey saliente

El profesor Jon Arrieta afirma que los virreyes se caracterizan por el movimiento y la rotación. Una serie de familias nobles se alternaban en los diversos virreinos de la monarquía. Esta movilidad se debía a que algunos virreyes finalizaban su cargo —normalmente de tres años—; otros alegaban enfermedad para cesar en sus funciones o simplemente morían en el ejercicio de su cargo, y, finalmente, una mayoría eran relevados de sus cargos por el monarca para destinarlos a otros territorios o a distintos cometidos. Además, hay que añadir la particularidad del caso catalán, en el que, a diferencia del valenciano, en caso de morir el rey, la jurisdicción del virrey cesaba porque se consideraba delegada por el primero en el segundo. Fuere el motivo que fuere, este movimiento continuo de virreyes motivó la profusión de entradas virreinales en las ciudades de la monarquía. Y es en este contexto donde hay que plantear la cuestión del virrey entrante y del virrey saliente, porque en este punto se detecta una diferencia importante entre las tres capitales.

En 1602, el doctor Jeroni Pujades anotó en su diario que los conseillers de Barcelona no salieron a recibir al nuevo virrey de Cataluña, don Juan Terés, arzobispo de Tarragona, por dos motivos: el primero, que el virrey saliente, duque de Feria, todavía se encontraba en la ciudad, y el segundo, porque solo salían a recibir al arzobispo en su primera entrada a la ciudad y esta ya había sido realizada con anterioridad.⁵ En consecuencia, únicamente salieron a recibir al arzobispo el propio virrey saliente, duque de Feria, acompañado de algunos caballeros, y el obispo de Barcelona, seguido de los canónigos⁶ del Capítulo de la catedral.

5. Jeroni PUJADES, *Dietari de Jeroni Pujades*, en J. M. Casas Homs, ed., *Memorias de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, 4 vols., Barcelona, 1975, I, p. 186.

6. Archivo Capitular de la Catedral de Barcelona (ACCB), Exemplaria, vol. II, f. 69.

En diciembre de 1622 el marqués de Povar escribía a Felipe IV informándole de su llegada a Valencia, del juramento de su cargo y de la entrevista que tuvo con el virrey saliente, marqués de Tavera:

Ayer cinco deste llegue aquí aviendo tardado en el camino quince días, a causa del mal tiempo que a echo, hiçe luego el juramento asistido de la Ziudad con el gusto que se puede esperar de tan fieles vassallos, como en ella y en este Reyno tiene V Md. Antes me vi con el marques de Tavera y en conformidad de lo que V Md me mando quedo advertido del estado de las cosas y negocios quel tenia pendientes en que a servido a V Magd con la satisfazion que tendrá entendido jo desear continuarlo y que gde Dios a V Magd como sus criados deseamos y la Cristiandad lo ha menester, en el Rl de Valençia a 6 de diz. De 1622.⁷

Años más tarde, en 1635, se produjo un intercambio de virreyes entre los reinos de Aragón y Valencia. Don Fernando de Borja, virrey de Aragón, pasó a serlo de Valencia y, a su vez, el marqués de los Vélez, que era el de Valencia, se haría cargo del reino aragonés. A finales de mayo de ese año, don Fernando de Borja escribió a Felipe IV dándole cuenta de su toma de posesión del cargo y de su encuentro con el virrey saliente, marqués de los Vélez, justo antes de entrar en la ciudad y en el que ambos se pusieron al día del estado en el que dejaban los reinos que habían gobernado.⁸ Sin embargo, en 1641, el obispo de Málaga, nuevo virrey de Aragón, dudaba si realizar su juramento, ya que no tenía la certeza de que el virrey saliente, duque de Nochera, hubiera ya abandonado el reino.⁹ Lo mismo sucedió en 1696 cuando el nuevo virrey de Aragón, marqués

7. ACA, Consejo de Aragón, leg. 620, núm. 14/2.

8. «Antes de entrar en la ciudad nos vimos el Marques de los Velez y yo ya me parecido decir a V Mgt Estoy en memoria de todo lo que me advirtió en Razon de las cosas de este Gobierno y que el también lo va de mi de las de Aragon con que nos podemos prometer el mayor acierto del servicio de V Mgt que es lo que todos debemos desear», ACA, Consejo de Aragón, leg. 620, núm. 23, 29 de mayo de 1635.

9. Lorenzo IBÁÑEZ DE AOYZ, *Ceremonial y Breve Relación de Todos los Cargos y Cosas Ordinarias de la Diputación del Reyno de Aragón*, Cortes de Aragón, Zaragoza, 1989, p. 334.

de Camarasa, comunicó al rey Carlos II su llegada a Zaragoza, donde esperaba a ser informado de la salida del reino de su predecesor en el cargo, duque de Jovenazo, para poder realizar su juramento.¹⁰

A tenor de estos ejemplos, se pueden destacar dos percepciones distintas en cuanto a si podían coincidir o no el virrey saliente y el entrante en la ciudad o en el reino. En Valencia, era aconsejable que sí lo hicieran; mientras que en Cataluña y Aragón era imprescindible que el virrey saliente estuviera fuera de la ciudad cuando entrase en ella su sucesor en el cargo. ¿Por qué esta diferencia? De nuevo, el origen hay que buscarlo en el marco jurídico en que se instauró la institución virreinal en cada uno de los tres territorios y, en este sentido, algunas consultas del Consejo de Aragón dejan claro el motivo. En 1606, tras la muerte del virrey de Valencia, marqués de Villamizar, el Consejo de Aragón escribió a Felipe III:

Han vaccado aquellos cargo y quedado devoluta la Jurisdiccion que el exercia al Justicia ordinario de la ciudad de Valencia porque faltando el Virrei cessa el officio de la audiencia Real, y en Valencia no se platica lo que en Aragón y Cataluña que en defeto de los Virreyes entran inmediatamente servir la Viceregia los Gobernadores sin esperar para ello titulo de Vuestra Magestad.¹¹

Es decir, en Aragón y Cataluña, tras la muerte o marcha del virrey, el gobernador de cada uno de los territorios se hacía cargo del gobierno hasta el regreso del virrey o la nueva provisión del sustituto, mientras que en Valencia era necesario que el rey dispensara una licencia para ejercer el cargo de gobernador. Las constituciones del reino de Valencia establecían que, transcurridos diez días desde la muerte del virrey o su

10. «Aunque el Jueves llegué a esta Ciudad no ha salido de ella antes del lunes el Sor Duque de Jovenazo, y siendo necesario esperar el testimonio de haver salido del Reyno para el Juramento que devo hazer tomando posesion de estos cargos, no puedo determinar día, creo que será uno de esta semana», ACA, Consejo de Aragón, leg. 31, núm. 262.

11. ACA, Consejo de Aragón, leg. 620, núm. 6/2, 20 de febrero de 1606.

marcha del territorio, todas las causas de la Audiencia volvían a la justicia ordinaria del reino y, por eso, era importante que el virrey entrante y saliente coincidiesen para evitar posibles episodios de desgobierno en el territorio. No obstante, el nuevo virrey no podía jurar su cargo hasta que tuviera la certeza de que su antecesor había abandonado el reino. Así lo constató José Agramunt en su dietario a la llegada del nuevo virrey, el marqués de Leganés, en 1666.

Fue su entrada por el portal de San Vicente derecho a San Martín, calle de Caballeros, por el Micalete a la Seu, después por la vuelta acostumbrada. La Ciudad y la nobleza toda salió hasta el Huerto de Troya, en donde estuvo el señor marqués de Leganés esperando que se saliese el señor marqués de Sn Román del reyno.¹²

Sin embargo, dos años más tarde, el propio marqués de Leganés pudo contemplar la entrada del nuevo virrey de Valencia, el conde de Paredes, en marzo de 1668, «porque sin salirse del reyno renunció al vireynato».¹³ En caso de que la llegada del nuevo virrey se retrasase demasiado, como ocurrió con el marqués de Távora en 1618, el rey nombraba un lugarteniente interino hasta el arribo y juramento del virrey elegido. Esta interinidad recayó no pocas veces en los miembros de la familia Ferrer, que ejercían el cargo de portanveces del general gobernador. En 1606, Jaume Ferrer, como en otras tantas ocasiones, se dirigió a pie a la Seu de Valencia, donde juró su cargo a la espera del sustituto del marqués de Villamizar, el marqués de Caracena, y «apres lo pasecharen per Valencia, accabat lo jurament, a cavall ab gran acompanyament».¹⁴

12. JOSÉ AGRAMUNT, *Libro de casos sucedidos en la ciudad de Valencia, tanto antiguos como modernos*, en E. Callado Estela y A. Esponera Cerdán, eds., *Memoria escrita, historia viva: dos dietarios valencianos del seiscientos*, Ajuntament de València, Valencia, 2004, p. 149.

13. *Ibidem*, p. 157.

14. JOSEP LLUÍS LOZANO LERMA, *Pere Joan Porcar: Coses evengudes en la ciutat y regne de València: Dietari (1585-1629)*, Universitat de València, Valencia, 2012.

La ceremonia. Particularidades de cada territorio

Pero ¿cómo era esta ceremonia en las tres capitales estudiadas? La profesora María Ángeles Pérez Samper considera que el virreinato en Cataluña no generó un ceremonial propio, sino que se adaptó al de otras instituciones con algunos elementos de los rituales establecidos por la tradición, como la notificación del nombramiento, el posterior recibimiento por los tribunales de la ciudad, la entrada solemne en Barcelona, el juramento en la catedral y, al día siguiente, la visita de cortesía en su residencia.¹⁵ Esta afirmación también puede hacerse extensible para Zaragoza y Valencia porque, en estas dos capitales, se siguió el ceremonial acostumbrado en los recibimientos regios y, básicamente, el ritual constaba de los mismos elementos.

Sin embargo, hay algunos elementos propios de los recibimientos reales que no se daban en los virreinales y que indican que, en algunos aspectos, el alter nos del rey no estaba al mismo nivel del soberano. Paradigma de esta distinción es la ausencia del palio en las entradas virreinales. El palio estaba reservado únicamente a los reyes y primogénitos y a algunos miembros de la jerarquía eclesiástica, como los legados pontificios, aunque se tuvieron muchas reservas con estos últimos. No obstante, sí se permitió su utilización en algunos virreinos americanos donde «por lo remoto de las Provincias que ser inverosímil que vayan a ellas los Sses Reyes se podía entender la representación de la Magestad que tienen los Virreyes».¹⁶

Además, la profesora Pérez Samper añade la ausencia del ritual del besamanos o el caminar detrás de la espada desnuda, indicando que el que entraba era el portador de la justicia. En caso de que los virreyes llegasen por mar, tampoco se les construía el puente para que desem-

15. María de los Ángeles PÉREZ SAMPER, «Virreyes de Cataluña: Rituales y ceremonias», en P. Cardim y J.-L. Palos Peñarroya, eds., *El mundo de los virreyes en las monarquías de España y Portugal*, Iberoamericana, Madrid, 2012, pp. 416-438.

16. ACA, Consejo de Aragón, leg. 1350, núm. 67/9.

barcasen con ceremonia, como sucedió en 1543 con la llegada a Barcelona del nuevo virrey, el marqués de Aguilar. Finalmente, y para las tres ciudades, hay que destacar la ausencia de estructuras y decoraciones efímeras de importancia para el ingreso de los virreyes en la ciudad, como el citado puente. Tampoco hay apenas rastros documentales de cualquier otro tipo de ornamentación encargada por los gobiernos municipales para la ceremonia. Sí existen referencias de ordenanzas municipales en las que se encarga que se preparen las calles para la ceremonia. Por ejemplo, Pere Joan Porcar anotó en su dietario que, en 1615, se hizo un llamamiento para que se entoldasen todas las calles de Valencia porque debía entrar el nuevo virrey, el duque de Feria.

Se puede identificar un elemento propio del ritual de las entradas virreinales que no se detecta en las reales, concretamente en los intercambios de palabras que se llevaban a cabo entre el nuevo virrey y las autoridades nativas de cada territorio. Cada tribunal que salía a recibir al virrey le mostraba la confianza que tenían depositada en el nuevo gobierno y en su buen hacer. Así, en 1647, los representantes de los diputados de Aragón fueron al encuentro del nuevo virrey don Francisco de Melo, marqués de Villanueva, al que mostraron el gusto que produjo en el reino la merced del rey «de dalle à S. E. por Virrey de quien con su presencia esperaban muy buenos sucesos así en la guerra como en la administracion de la Justicia y que todos los quales recibiesen de mano de S. E. sería gloria suya». ¹⁷ Del mismo modo, en 1663, el diputado eclesiástico de Cataluña dio la bienvenida al marqués de Castelfrigo con muchas demostraciones de alegría por la esperanza que se tenía en que el Principado estaría muy bien gobernado por él, ¹⁸ y palabras similares dijeron al duque de Osuna cuatro años más tarde.

Finalmente, debemos citar un ritual que aparece documentado en algunas llegadas del virrey a Barcelona: la entrega de las llaves del palacio real, sin duda, vinculada a la cesión de las llaves de la ciudad que los

17. IBÁÑEZ DE AOYZ, *Ceremonial*, p. 348.

18. Josep Maria SANS I TRAVÉ, *Dietaris de la Generalitat de Catalunya*, 10 vols., Generalitat de Catalunya, Barcelona, 1994-2008, VII, p. 159.

consellers hacían a los monarcas cuando efectuaban sus entradas reales. Tenemos un ejemplo de ello en 1564, cuando los representantes del Consell de Cent se las entregaron al virrey duque de Villafranca, en el monasterio de Jesús, situado a las afueras de Barcelona, donde se aposentó antes de su juramento.¹⁹

a) La ceremonia catalana

Como hemos citado anteriormente, en 1632, con motivo del juramento del cardenal-infante don Fernando como nuevo virrey de Cataluña, el Consejo de Aragón redactó un memorial con la forma de entrada de los virreyes en Barcelona. Aunque, finalmente, el hermano de Felipe IV rehusó entrar con la ceremonia propia del acto porque ya se encontraba en el interior de la ciudad, lo interesante de este memorial reside en que expone de manera muy concisa el proceso de entrada del virrey en Barcelona. En primer lugar, salían los tribunales a recibirlo. Los primeros en hacerlo eran los doctores del Consejo Real y los oficiales de la Real Audiencia, encabezados por el canciller y el regente de la Cancillería. Le seguían el obispo de Barcelona junto con los miembros del cabildo catedralicio, que daban la bienvenida al virrey sin apearse del caballo. El siguiente tribunal en aparecer era el de la Diputació del General, a cuya cabeza se encontraban los diputados y oidores de cuentas, seguidos de todos los oficiales y caballeros y, finalmente, los cinco *consellers* junto con los oficiales del Consell de Cent de Barcelona.

Tras ingresar en la ciudad, la comitiva se dirigía directamente a la catedral para que el virrey realizase su juramento, punto culminante del ritual. A la entrada del templo recibía la bendición con agua bendita y marchaba en procesión entre el obispo y el conseller en cap. Ya en el altar mayor, de rodillas en un sitial, prestaba su juramento, que leía el escriba de mandamiento ante consellers y diputados, colocados en tor-

19. *Ibidem*, II, p. 157.

no al virrey. Tras ello, se realizaba la lectura de las protestas de los síndicos de la ciudad, en primer lugar, y de la Diputació del General, en segundo. En ellas, denunciaban unas atribuciones concedidas a los virreyes y que los catalanes consideraban no delegables, como eran, entre otras, la convocatoria y dirección de las Cortes o la de reunir ejércitos mediante el privilegio Princeps Namque. Estas protestas también se leían en los juramentos de los virreyes en Zaragoza y Valencia, ya que, como apuntó el profesor Lalinde Abadía, eran comunes en «el sistema general de la época».²⁰

Una vez expuestas las protestas, el vicario general del obispo leía la sentencia de excomunió, salvo que se tratase de un virrey de sangre real, como ya se ha dicho, y bajaban a la capilla de santa Eulalia, donde rezaba una oración, y luego abandonaba el templo para dirigirse a su alojamiento. La ceremonia finalizaba con la despedida entre virrey y *consellers* en el umbral del palacio mientras que los doctores del Consejo Real le acompañaban hasta sus aposentos.

b) La ceremonia valenciana

Generalmente, la ceremonia valenciana presenta la misma estructura ritual, pero con algunos matices. Al igual que en otras ciudades, los tribunales salían a recibir al nuevo virrey a un lugar preestablecido por la costumbre, en este caso, el puente de las Mealles. Tras entrar por alguna de las puertas de la ciudad, habitualmente la de Sant Vicent, la comitiva se dirigía a la Seu, donde el virrey era recibido por los canónigos en la Llongeta del templo y lo acompañaban al altar mayor, donde efectuaba el juramento con la asistencia de los diputados del reino, el gobierno municipal y los miembros del cabildo. Una vez acabada la ceremonia lo conducían al Real, donde residiría durante todo su mandato.

20. LALINDE, *La institución virreinal en Cataluña*, p. 214.

Veamos algunas de las particularidades de la ceremonia en Valencia. La conveniencia de que ambos virreyes —entrante y saliente— coincidiesen obligaba al primero a permanecer cerca de Valencia al menos una noche, esperando a que el segundo estuviese dispuesto a partir, para, el día establecido, hacer su entrada en la ciudad. Así, en 1595, el nuevo virrey marqués de Denia pasó tres noches en la alquería de Mislata, situada a una legua de la capital.²¹ Del mismo modo, en 1664, el virrey marqués de San Román se aposentó la noche anterior al juramento en el convento de San Francisco de Paula, extramuros, donde recibió la visita de las autoridades valencianas. Además, el caso valenciano sí generó, sin duda, nuevos rituales. La sucesión al virreinato que se iniciaba, en no pocas ocasiones, con el encuentro entre los dos aristócratas, acompañados de sus familiares, criados y acémilas, sin duda le otorgaba mayor solemnidad a la toma de posesión del cargo.

Durante el recorrido hasta la Seu, el nuevo virrey iba flanqueado por los dos jurats en cap de la ciudad. Los otros cuatro jurats les precedían y entre ellos iba graduado algún familiar o miembro del séquito del virrey.²² En este punto se puede observar una importante diferencia entre el ceremonial valenciano y zaragozano con el catalán. Mientras que los consellers de Barcelona no permitían que nadie cabalgase entre ellos, ya que representaban el cuerpo indivisible de la Ciudad, en Valencia sí estaba permitido, considerándose como una muestra de deferencia con el virrey. En 1615, entre los jurados que acompañaban al virrey duque de Feria se encontraba un hermano de la virreina que era capellán.²³ Otro ejemplo lo tenemos en 1666, cuando el hijo del mar-

21. *El Libre de Antiquitats de la Seu de València*, Institut Universitari de Filologia Valenciana y Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Valencia/Barcelona, 1994, p. 254.

22. En caso de que hubiese un virrey interino en el reino, era este quien acompañaba al *jurat en cap* de los caballeros. Así ocurrió en 1606, cuando el virrey marqués de Caracena entró acompañado de Miquel Serafí, *jurat en cap*, y don Jaume Ferrer, virrey interino. Josefina MATEU IBARS, *Los virreyes de Valencia. Fuentes para su estudio*, Ayuntamiento de Valencia, Valencia, 1963, p. 206.

23. LOZANO LERMA, *Pere Joan Porcar*, p. 136.

qués de Leganés entró en Valencia junto a su padre, ubicado el primero entre los dos jurats que encabezaban la comitiva, del mismo modo que lo hicieron la esposa e hijas del conde de Paredes dos años más tarde. También el marqués de Los Vélez entró en la ciudad de Zaragoza en 1635 entre el gobernador y el jurado en cap, mientras que su esposa le precedía en una litera entre el zalmedina y el cuarto jurado de la ciudad. Una importante diferencia ceremonial que es indicativa de las prerrogativas que el gobierno municipal barcelonés adquirió durante los siglos bajomedievales y que defendió con celo a lo largo de los modernos.

La tardanza de los *jurats* en salir a recibir a los nuevos virreyes a la entrada de Valencia se convirtió en un hecho habitual, por lo que, a veces, estos mostraban su enojo por la dilatada espera. Normalmente, la ceremonia se iniciaba a primera hora de la tarde; sin embargo, en no pocas ocasiones el gobierno de la ciudad inició su marcha para la recepción a una hora más avanzada. El testimonio de mosén Pere Joan Porcar en su dietario deja bien claro este hecho que no estaba registrado en el ritual oficial. A finales de noviembre de 1615, el duque de Feria hizo su entrada como nuevo virrey en la ciudad a medianoche, lo que le impidió ver las empaliadas y otros ornamentos preparados para la ocasión.

Perquè es diga com se diga és desgracia d'esta terra que jamai que senyor virrei va a València, los senyors jurats d'esta terra ho tenen per galantería de jamai exir a hora que parega bé a tots, ans bé tots tinguen que dir de la mala hora que ixen.²⁴

Continúa Porcar quejándose de cómo los *jurats* de la ciudad hicieron esperar al conde de Benavente, que los reprendió por la tardanza, y si no hubiese sido por tres o cuatro caballeros valencianos que amenizaron la espera y contuvieron al conde, este habría entrado en la ciudad sin aguardar a ser recibido por las autoridades municipales. También sufrieron esta larga espera los marqueses de Caracena y Tavera en sus respectivas entradas en la ciudad.

24. LOZANO LERMA, *Pere Joan Porcar*, p. 137.

Podemos concluir, pues, que uno de los elementos más paradigmáticos de la ceremonia valenciana era este encuentro entre el virrey entrante y el saliente, cuyo fin era la transmisión de información del estado del reino y evitar que se produjese un desgobierno, ya que incluso el gobernador necesitaba también el privilegio. Asimismo podemos destacar esa tardanza deliberada de los representantes del gobierno municipal en salir a recibir al virrey.

c) La ceremonia zaragozana

El caso zaragozano también presentaba sus particularidades. En primer lugar, durante la ceremonia de recepción del virrey, al igual que en las otras dos ciudades estudiadas, salían los tribunales a su encuentro. Sin embargo, en Aragón, los diputados no acostumbraban a salir a recibirlo y enviaban una embajada en su representación, una muestra clara de las defensas de las prerrogativas del reino, propias de los diputados de Aragón. Así, en febrero de 1594, el duque de Alburquerque entró en Zaragoza donde «salieron a recibirle delante la Alfajeria el Governador con sus consejos y el Jurado en cap con gramalla y mucho acompañamiento, no salieron los señores diputados». Además, el virrey no podía jurar su cargo sin presentar antes el privilegio del rey conforme lo nombraba su lugarteniente en Aragón. Por este motivo, algunos virreyes tuvieron que permanecer hospedados durante algunos días hasta que llegase dicho privilegio. Este fue el caso del marqués de Los Vélez, en 1635, o el del duque de Nochera, en 1639. El marqués llegó a la capital aragonesa el último día de mayo y permaneció en el palacio de la Aljafería hasta el 3 de junio, ya que sin el privilegio no podía jurar su cargo. Ese mismo día recibió la visita de los embajadores de la Diputación del reino de Aragón, que por no tener la patente de virrey decidieron visitarle sin mazas. Todo un deshonor para el virrey.

Sin embargo, la particularidad más destacada que presentaba la ceremonia en Zaragoza era el papel preponderante del justicia de Aragón

durante el juramento del nuevo virrey, incluso después de las alteraciones de Aragón en 1591, cuando dicho cargo perdió una parte importante de su poder y peso específico en el gobierno del reino. El propio juramento se hacía en poder del justicia.²⁵ Resulta ilustrativo en este sentido el relato del juramento que hizo el duque de Alburquerque en 1594, fecha todavía muy cercana a la finalización del conflicto. Entrado el duque a la Seo de Zaragoza,

el Justicia y los diputados y jurados se levantaron empie y saludaron al duque el qual luego al sitial y se arrudillo y el Justicia se asento en su silla y se cubrió y quitaron la cubierta del sitial y el duque puso las manos en el misal y Juan Philippe Torrellas notario de las corte leyó el juramento ordinario el qual el notario da sacado en frma a los Ss. Diputados y aquel acavado el Justicia se levantó y hiço mucha cortesía al duque.²⁶

Es decir, el justicia era la única autoridad del reino que permanecía sentado y cubierto mientras se realizaba el juramento. El resto de las autoridades, jurados, diputados, zalmedina o gobernador permanecían en pie aunque podían estar cubiertos.²⁷ Además, ocupaba el lugar más alto en el altar mayor, por encima del sitial donde debía jurar el virrey. En 1635, se preparó el altar mayor de la catedral para la jura del marqués de los Vélez, donde se colocó un sitial cubierto con tafetán para el virrey y «mas arriba del sitial estaba puesta otra silla de tela con una almohada a los pies donde había de sentar el Sr. Justicia de Aragon».²⁸

25. El 16 de julio de 1602, el virrey cardenal Ascanio Colonna «juro en la seo en poder del señor Justicia de Aragon don Martin Bautista de Lanuza, con asistencia de los SS. Diputados y Jurados como es costumbre», en IBÁÑEZ DE AOYZ, *Ceremonial*, p. 246.

26. *Ibidem*, pp. 244-245.

27. Durante la jura del arzobispo de Zaragoza, don Tomás de Borja, como nuevo virrey, tanto el justicia de Aragón como los jurados de la ciudad permanecieron descubiertos debido al calor que hacía en la catedral, lo que generó protestas de algunos de los presentes que opinaban que debían estar cubiertos como establecía la tradición.

28. IBÁÑEZ DE AOYZ, *Ceremonial*, p. 324.

Tras el juramento, el justicia de Aragón, el zalmedina, el gobernador, los jurados de Zaragoza y algunos canónigos acompañaban hasta la puerta de la catedral al virrey, que previamente había saludado cortésmente a los diputados que permanecían en su banco sin moverse, otra característica propia de la ceremonia aragonesa.

La entrada del virrey: júbilo o desconfianza?

Un importante aspecto a tratar respecto a las entradas virreinales es la percepción que tenían los ciudadanos de la llegada del nuevo representante del rey. El profesor Lalinde Abadía escribió que toda la grandeza y esplendor de la institución virreinal se ponían de manifiesto en la entrada apoteósica en la ciudad de Barcelona, metrópoli del Principado. En mi opinión, esta afirmación resulta un tanto desmesurada. Sin duda, el numeroso público que, con gran júbilo, abarrotaba las calles ante la visita del monarca no era el mismo en número ni actuaba del mismo modo ante la llegada del su *alter nos*, el virrey. La actitud de los ciudadanos ante esta ceremonia habría que situarla, de forma más mesurada, entre la expectativa y el recelo, o entre la curiosidad y la esperanza. Una entrada solemne y respetuosa, pero sin excesivas muestras de alegría. No obstante, la persona que entraba en la ciudad tenía el cometido de gobernarlos, haciéndoles cumplir las leyes pero, a su vez, respetándolas.

Algunos autores de dietarios, como Ignacio Benavent, Josep Agramunt o Jeroni Pujades, reflejaron su parecer y el de sus conciudadanos ante la sustitución de un virrey y el nombramiento del nuevo, lo que determinaba la predisposición ante su recibimiento y entrada en la ciudad. En ocasiones, la recepción del virrey dependía del gobierno y del carácter del anterior. Es decir, en caso de que el virrey saliente hubiera sido del agrado de los naturales del reino, que no querían que dejase su cargo, por lo general no mostraban demasiado entusiasmo en el recibimiento del entrante. Y en este sentido poseemos diversas cartas escritas por los jurats de Valencia al Consejo de Aragón solicitando la

continuidad de tal o cual virrey.²⁹ Sin embargo, si se había tratado de un mal gobierno, mostraban una mayor expectación y esperanza en el nuevo. Por ejemplo, en 1606, a los valencianos no les gustó nada la sustitución del virrey Juan de Ribera, arzobispo de Valencia, por el marqués de Caracena. Acerca de esta entrada, mosén Pere Joan Porcar escribió en su dietario «anaven en accompanyament pochcs cavallers per lo que-s dia que-ls havia rebut desgustadament y entre los grans y titulars sols anaven lo comte de Alaquas don Lluís Pardo y lo comte de Bunyol y son fill dits don Gaspar Mercader pare y don Laudomio fill». Respecto a esto, la profesora Josefina Mateu Ibars apuntó que este escaso acompañamiento tal vez se debiera a la sustitución del virrey Juan de Ribera, arzobispo de Valencia, por Caracena, que no contó con la aprobación de los valencianos.³⁰

Ignacio Benavent escribió en su dietario sobre el cese del duque de Ciudad Real, en 1678, que «por ser tan amigo y cuidadoso de los pobres, los ricos no le miraban bien. Y assí que acabó su trienio le hecharon porque era bueno».³¹ Asimismo, opinaba sobre el marqués de Castelrodrigo, sustituido en 1696, que fue un virrey muy amado y querido por todos los valencianos por su buen gobierno, lo que le llevó a su relevo.³² Sin embargo, en 1683, era distinta su opinión inicial sobre el nuevo virrey conde de Cifuentes, cuya entrada debió de ser de las más exóticas que se vieron en la ciudad del Turia. El conde llegó a Valencia desde Orán, donde había sido gobernador de la plaza. Benavent dejó constancia de la gran cantidad de esclavos y moros que trajo consigo, así como de animales de todo tipo: leones, jabalíes, toros, puercoespines y «otra diferencia de ferocidades». Pero, finalmente, escribió acerca del conde que «más feroz de condición era él que todos».³³

29. ACA, Consejo de Aragón, leg. 620.

30. MATEU IBARS, *Los virreyes de Valencia*, pp. 206-207.

31. IGNACIO BENAVENT, *Cosas más notables sucedidas en Valencia*, en Callado Estela y Esponera Cerdán, *Memoria escrita*, p. 34.

32. *Ibidem*, p. 51.

33. *Ibidem*, p. 45.

En 1664, el propio Benavent mostraba sus esperanzas ante la llegada del nuevo virrey de Valencia cuando, el 22 de marzo de ese año, «salió el arco iris para esta ciudad con la venida del marquez de San Roman». Otro testimonio claro de las expectativas puestas en el nuevo virrey es el del doctor Jeroni Pujades, que relata la llegada a Barcelona, en 1603, del virrey de Cataluña, el napolitano Héctor Pignatelli, duque de Monteleone. Lo primero que destacó Pujades fue el gentil rostro del duque. Su mirada atenta no dejó escapar el detalle de que el alférez que sujetaba el pendón del duque fuera armado, cosa inusual hasta ese momento. Además, destacó la novedad que supuso este pendón, ya que en él se podía ver, por un lado, la figura de Cristo crucificado y, por el otro, las armas reales. Y es que en la capital catalana estaban acostumbrados a ver los pendones de los anteriores virreyes, pertenecientes a la nobleza castellana, y en los que junto a las armas reales aparecían las propias del virrey. Así, el pendón del nuevo virrey transmitía una imagen más piadosa y menos altiva que la de los pendones de los grandes de Castilla. Finalmente, Pujades nos hace partícipes de las expectativas que tenía puestas en Monteleone cuando escribió que «és estat un dels més desitjats prínceps que may sien estats».³⁴

Aun así, las crónicas y testimonios nos muestran que algunas de estas entradas fueron muy esplendorosas, especialmente en Valencia. Josep Agramunt informa de la vuelta ordinaria que hizo el marqués de San Román tras jurar como virrey de Valencia, en 1664, acompañado de toda la nobleza y de muchos vítores. Cuatro años más tarde, el conde de Paredes entró en la capital del Turia «con la misma pompa y magestad que todas las ocasiones se acostuma». Asimismo, Benavent recogió en su dietario cómo, en 1696, se le hizo un gran recibimiento al nuevo virrey don Alfonso Pérez de Guzmán.

En cambio, para entender la percepción de los aragoneses ante la llegada del virrey, hay que recurrir de nuevo al marco jurídico. El fuero del reino *Quod* oficiales sint de Aragonia establecía la obligatoriedad

34. PUJADES, *Dietari*, I, pp. 286-287.

de que todos los oficiales, incluido el virrey, fuesen naturales del reino. Este hecho determinaba el recibimiento que se les ofrecía a los lugartenientes del rey, que, en palabras de Xavier Gil, era expresamente considerado tan solo el máximo oficial real en el reino.³⁵ Así, tras el nombramiento de un virrey extranjero, la reacción de los aragoneses era inmediata y se ponían en marcha mecanismos propios para denunciar esta vulneración de las leyes. Es el conocido como «pleito del virrey extranjero», que Enrique Solano define como la dialéctica jurídica entre el ejercicio del poder absoluto del monarca y la resistencia foral del pactismo aragonés.³⁶ Una vez sofocadas las alteraciones de Aragón de 1591, en las Cortes de Tarazona de julio del año siguiente se sobreyó el «pleito del virrey extranjero» hasta las siguientes Cortes, aunque esta resolución se fue prorrogando durante el siglo siguiente. Gracias a esto, el rey podía designar libremente como virrey de Aragón a quien quisiese, fuera extranjero o no. Y, a partir de ese momento, el Consejo de Aragón clasificó a los candidatos para virrey entre naturales de ese reino, naturales de los otros territorios peninsulares de la Corona de Aragón y extranjeros.³⁷ Sin duda, este rechazo al virrey extranjero tuvo su reflejo en el recibimiento. Así, es de suponer que en las entradas de virreyes aragoneses, como la del conde de Sástago en 1575, el pueblo de Zaragoza mostró un mayor entusiasmo que en las de los otros virrey-

35. Xavier GIL PUJOL, «Una cultura cortesana provincial. Patria, comunicación y lenguaje en la Monarquía Hispánica de los Austrias», en A. Mestre, P. Fernández Albaladejo y E. Giménez López, coords., *Actas de la IV Reunión Científica de la Asociación Española de Historia Moderna*, Alicante, 27-30 de mayo de 1996, 2 vols., 1. *Monarquía, Imperio y pueblos en la España Moderna*, Universidad de Alicante, Servicio de Publicaciones, Alicante, 1997, pp. 225-258, véase en particular p. 234.

36. Enrique SOLANO, «La institución virreinal en Aragón durante la Edad Moderna», en Cardim y Palos Peñarroya, *El mundo de los virreyes*, p. 155.

37. Como ejemplo de ello, véanse los candidatos propuestos por el Consejo de Aragón, en 1599, para sustituir al duque de Alburquerque. Como natural de Aragón se propuso al duque de Híjar; como natural de los otros reinos de la Corona de Aragón, al marqués de Aitona, y como extranjero, al duque de Arcos. ACA, Consejo de Aragón, leg. 31, núm. 190.

yes, en las que, vulnerándose las constituciones propias del país, los aragoneses ofrecerían sus respetos y acatamiento al «alter nos del rey» pero no su acuerdo con la decisión real.

La perspectiva del virrey

A lo largo de los siglos xv y xvi se fue constituyendo el ritual de entrada de los virreyes. A medida que la institución se afanzaba, lo hizo también la práctica de la llegada concertada del virrey. Por su parte, los virreyes se mostraron generalmente dispuestos a realizar la entrada según indicaba la costumbre del territorio. En 1583, el conde de Miranda envió a su mayordomo a preguntar a los consellers de Barcelona el orden en la ceremonia de entrada de los virreyes porque «entenie servir totes les serimonies de la terra».³⁸ La mayoría eligió hacer la entrada oficial, ya que era una muestra de respeto a las costumbres locales; pero además, era un honor al que muchos aristócratas no quisieron renunciar porque significaba el acatamiento público por parte de las autoridades locales al enviado del soberano.

En ocasiones, si el virrey se encontraba ya en la ciudad antes de hacer el juramento, rehusaba realizar la ceremonia y se dirigía directamente a la catedral de la ciudad para jurar su cargo. Esto pasó principalmente en la ciudad de Barcelona. En 1543, el marqués de Aguilar desembarcó en Barcelona y fue directo a la Seu para jurar su cargo, renunciando a entrar con la ceremonia acostumbrada. Ya hemos visto anteriormente que el cardenal infante tampoco hizo su entrada en la ciudad, pues cuando fue nombrado virrey por su hermano Felipe IV ya se encontraba dentro de la ciudad. Otro ejemplo lo tenemos en el conde de Santa Coloma, que se dirigió desde su palacio, en la misma ciudad condal, hacia la catedral para jurar su cargo. En cambio, otros sí

38. Frederic SCHWART I LUNAÇ y Francesc CARRERAS I CANDI, *Manual de Novells Ardits o Dietari de l'Antich Consell Barceloní*, 28 vols., Ajuntament de Barcelona, Barcelona, 1892-1975, v, p. 349.

prefirieron realizar la entrada y para ello salieron de la ciudad. En 1673, el duque de San Germán llegó por mar a Barcelona y cuatro días más tarde salió hasta la villa de Sants para efectuar su entrada y juramento del cargo, como habían hecho sus predecesores.

A su llegada a la ciudad, el virrey se mostraba con toda la solemnidad y pomposidad posible. Y es que no solo significaba la llegada del alter nos del monarca, sino que también representaba la grandeza y poder de sus respectivas familias y linajes; la competencia entre clanes nobiliarios que se veían reflejados en su puesta en escena y la proximidad al monarca que le confiaba el difícil gobierno de los territorios peninsulares de la Corona de Aragón. Así, en 1615, el duque de Feria llegó al puente de las Meallas, en Valencia, en una carroza de seis mulas y vestido de seda verde y oro. Por su parte, su esposa, vestida de azul y muy bien aderezada, entró en la ciudad en una litera de damasco verde. El zurrador de pieles Miquel Parets fue testigo, en 1629, de la entrada que el propio Feria hizo en Barcelona con un vestido «que no-s podía dir de quina color era, sinó tot brodat de or». ³⁹ En 1619, el marqués de Tavera entró en la misma ciudad muy bien vestido y con mucha majestad, y, en diciembre de 1622, el marqués de Povar llegó también «una galana carrossa ab sis cavalls famosos que la tiraven».

Pocas entradas de virreyes en Barcelona fueron tan pomposas como la que realizó, en 1630, el duque de Cardona y de Segorbe, que, recordémoslo, era el título más importante del Principado y, por lo tanto, la cabeza del estamento noble. El mismo zurrador Partes la registró en su dietario. En el primer coche llegaron las damas de la familia, es decir, la duquesa, su esposa; la nuera, hija del duque de Sessa; la condesa de Montagut y doña María Anna Cardona y Vallgornera, «todas muy damas». En el segundo, iban el conde de Ampurias, su hijo, con la insignia del Toisón de Oro otorgada recientemente por Felipe IV; don Francisco de Erill, abad de Sant Cugat; don Pedro de Aragón y Córdoba, canónigo de Córdoba; don Pascual y don Vicente, ambos hijos del

39. Miquel PARETS, *Crònica*, Llibre I/1, Barcino, Barcelona, 2011, I, p. 243.

duque. Tras ellos, les seguían numerosos coches y caballeros. Además, no solo salió la guardia de Perpiñán para recibirles, sino que también lo hizo la guardia de Castilla, toda una novedad para una entrada de virrey, y que realizó una escaramuza para la duquesa. Finalmente, entró el duque saludando a todo el pueblo y «la plebe». Como se puede comprobar, esta fue una entrada atípica, ya que incluso se representó un ejercicio de armas ante la esposa del virrey, cuando lo normal era el saludo con algunas piezas de artillería desde los baluartes próximos a la puerta de ingreso en la ciudad. Sin duda, su condición de natural del país y el hecho de que tuviera el título de mayor rango del Principado fueron, sin duda, el motivo de tanta solemnidad.

Conclusiones

Como resultado de este estudio comparativo de la llegada del virrey a las capitales peninsulares de la Corona de Aragón, podemos indicar algunas conclusiones generales. En primer lugar, la entrada del representante del soberano vino determinada por las condiciones jurídicas bajo las que se estableció la institución virreinal en cada uno de los tres territorios. Así, la obligatoriedad de que el virrey entrante no pudiera jurar su cargo hasta que el saliente estuviera fuera de la ciudad en los casos catalán y aragonés contrasta con la conveniencia de que en Valencia ambas figuras coincidiesen para intercambiar información sobre el estado del reino y para evitar períodos de desgobierno. También es muy importante en el reino de Aragón la problemática del «virrey extranjero», que sin duda fue determinante a la hora de recibirlos.

En cuanto a la estructura de la ceremonia, hemos visto que, en conjunto, en las tres capitales era muy similar al resto de entradas oficiales de importancia. Las dos visitas de cortesía que realizaban los tribunales, antes y después de la entrada y juramento, para darle la bienvenida al virrey marcaban el inicio y el final del ritual. Sin embargo, la entrada virreinal carecía de algunos elementos propios de las reales, como el palio, el besamanos, el puente para el desembarco con ceremo-

nia o las decoraciones y arquitecturas efímeras. En cambio, hay algunos rituales propios como las palabras de bienvenida dirigidas por los tribunales al nuevo virrey, manifestando su convencimiento de que el nuevo gobierno iba a ser favorable y fructífero para beneficio del reino.

La actuación de las autoridades de cada reino y ciudad denotaba un mayor peso de unos y otros. De este modo, podemos destacar que, en Aragón, los diputados del reino mostraban un mayor apego a las constituciones, frente a los jurados de Zaragoza, ya que aquellos no salían a recibir al virrey y permanecían en sus bancos durante toda la ceremonia sin acompañarlo siquiera hasta la puerta, es decir, el reino no hacía ninguna muestra de deferencia hacia el virrey, sino que era el virrey quien los saludaba cortésmente a ellos. Aunque si algo caracterizaba la ceremonia aragonesa era la presencia del justicia de Aragón. En cambio, en Barcelona y Valencia podemos advertir un mayor poder del gobierno municipal. Los *consellers* siempre se mostraron celosos guardianes de sus prerrogativas y como un cuerpo indivisible, y no permitieron que familiares del virrey entrasen graduados entre ellos. Por su parte, los *jurats* valencianos utilizaron la espera deliberada como muestra de poder ante los enviados del soberano, impacientándolos hasta el enojo. En fin, podemos concluir que la llegada del virrey a las capitales peninsulares de la Corona de Aragón distó mucho de aquellas que se celebraron en otros territorios de la monarquía como Nápoles y Sicilia o los virreinos americanos.